

Dreamy

El Fin del Mundo

Azul. Un precioso azul envolvía aquel pequeño universo tan profundo. Más profundo de lo que creían. Tan profundo que el azul celeste brillante que se expandía en su interior rechazaba la luz cuanto más dentro intentaba llegar. Hasta convertirse en negro. Oscuro, pero nunca vacío. Vacío. Parecía más vacío que el espacio entre mundos que no llegaban a tocarse. Pero era un caos. Un caos silencioso.

Muerte.

Rojo. El rojo llenaba el interior de aquel azul tan pacífico, dueño de las apariencias. Era un infierno disfrazado del paraíso más armonioso. Una lucha constante entre la supervivencia de aquel mundo contra la de sus demonios asesinos. Temerosos demonios. Destruidores de oxígeno de los bosques que les permitían respirar. Asesinos de vida en cada centímetro de piel del mundo. Quizá no era su intención, quizá solo buscaban la supervivencia en aquel inmenso universo aborrecedor. Pero parecía demasiado tarde. Eran aquellos que quitaban el sentido de humanidad al nombre que se hacían llamar: humanos. Demonios.

Muerte.

Morado. Caos. Bosques en fuego exigiendo oxígeno inexistente. Mares y océanos desbordados, sin espacio para estar en calma, transformados en pequeñas gotas resbaladizas y ácidas. Temblaba. El mundo temblaba. Cualquier cosa para convencerse de que seguía vivo. Viva. Pero sin vida. De gotas indefensas a tormentas destructoras se formaban tornados desesperados por encontrar aquella suave brisa cuyos susurros se habían extendido a gritos silenciosos. Fuego al hielo. El fuego, helado, pero ardiente. Caos. Azul y rojo en lucha constante dentro de un mismo mundo. Morado. Morado sin aire. Morado ahogado. Infierno de agua.

Muerte.

Negro: nada, todo. Vacío lleno de caos. Invasión de la ausencia de calma. El mundo moría, sus especies morían, su vida moría. Sin darse cuenta, sus demonios también. Las ansias de apoderarse de la vida de su origen les hacía perder la suya. En aquel pequeño espacio dentro del imponente universo no era nada aquel caos. No era nada para el negro calmado del vacío a su alrededor. El mundo no era nada para el universo, pero lo era todo para el mundo. Era todo lo que me quedaba. Y ya no me quedaba nada.

Levanté mi mirada. Allí estaba: el inmenso mundo intentando mantener su forma aun vuelto diminutas cenizas. Ahogándose en fuego y agua al mismo tiempo. Atrapada en morado asfixiante e invadida por negro invisible me miró a los ojos, desde aquella cárcel de cristal. Al mismo tiempo que yo, desde detrás del espejo, me gritó con la mirada. Daba por hecho que aquella mirada sería la última. Yo veía todo y nada al mismo tiempo. Veía luz, pero ya no estaba segura si era por una gota de esperanza o el fuego de su cremación. Me sumergí en su mirada ardiente. Sus ojos eran negros. Oscuros... pero nunca vacíos. Ví en sus ojos el fin.

El fin del mundo.

¿Y si no era demasiado tarde?

Dedicado al caos silencioso de mi encarcelada Aurora.